



Bolsillo Era

[www.edicionesera.com.mx](http://www.edicionesera.com.mx)

Jorge Volpi

# La imaginación y el poder

UNA HISTORIA INTELECTUAL DE 1968

Ediciones  Era

[www.edicionesera.com.mx](http://www.edicionesera.com.mx)

Primera edición en Biblioteca Era: 1998  
Segunda edición en Biblioteca Era: 2018  
Primera edición en Bolsillo Era: 2008  
Segunda edición en Bolsillo Era: 2019  
ISBN: 978-607-445-526-7  
DR © 2018, Ediciones Era, S.A. de C.V.  
Centeno 649, 08400 Ciudad de México

Oficinas editoriales:  
Mérida 4, Col. Roma, 06700 Ciudad de México

Diseño de portada: Juan J. López Galindo

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún otro medio o método sin la autorización por escrito del editor.

*This book may not be reproduced, in whole or in part, in any form, without written permission from the publishers.*

[www.edicionesera.com.mx](http://www.edicionesera.com.mx)

[www.edicionesera.com.mx](http://www.edicionesera.com.mx)

# Índice

Prólogo a la segunda edición, 13  
DE TLATELOLCO A AYOTZINAPA, 13

Agradecimientos, 21  
Preludio, 23

## PRIMER ACTO

Dramatis personæ

1º AL 31 DE ENERO, 1968, 29  
*Pronósticos de año nuevo*, 29  
*Retrato de un presidente*, 37  
*El México de Carlos Monsiváis*, 44  
*Retrato de un cronista*, 51  
*Los conspiradores*, 53  
*La mafia*, 58  
*Carlos Fuentes*, 65  
*Octavio Paz*, 75  
*Los demás*, 79

## SEGUNDO ACTO

*I want to live in America*

1º AL 28 DE FEBRERO, 1968, 85  
*La muerte del Che*, 85  
*La idea revolucionaria en los sesenta*, 87  
*El Che y la revolución*, 89  
*La revolución negra*, 96  
*El regreso de los intelectuales revolucionarios*, 98

1º AL 31 DE MARZO, 1968, 108  
*Crear no uno, sino dos, tres, muchos Vietnams...*, 108  
*Beatniks, hippies y xipitecas*, 110  
*Vietnam desde México*, 117

*El “gobierno invisible” de Estados Unidos*, 124  
*Un intelectual non grato*, 129

1° AL 30 DE ABRIL, 1968, 131  
*La disidencia en México*, 131  
*Un intelectual en el poder: Agustín Yáñez*, 133  
*Vanguardias y retaguardias*, 134  
*Criticando a los críticos*, 140  
*La muerte de Martin Luther King*, 145

#### TERCER ACTO

La imaginación al poder

1° AL 31 DE MAYO, 1968, 155  
*Breve recorrido por los movimientos estudiantiles*, 155  
*Europa occidental*, 156  
*Estados Unidos*, 161  
*Europa del este*, 163

1° AL 30 DE JUNIO, 1968, 169  
*La rebelión estudiantil en la prensa mexicana*, 169  
*La muerte de Robert Kennedy*, 182

1° AL 21 DE JULIO, 1968, 184  
*El primer culpable*, 184  
*Marcuse en México*, 188  
*Marcuse y el movimiento estudiantil*, 190  
*El final del movimiento*, 198  
*Un mexicano en París*, 210  
*La insurrección en América Latina*, 218

#### CUARTO ACTO

Los filósofos de la destrucción

22 DE JULIO AL 2 DE OCTUBRE, 1968, 223  
*El movimiento estudiantil mexicano y los intelectuales*, 223

#### QUINTO ACTO

La conjura de los intelectuales

DESPUÉS DEL 2 DE OCTUBRE, 1968, 325

*La noche de Tlatelolco*, 325

*La versión del presidente*, 330

*Las primeras reacciones*, 332

*La conjura*, 338

*Las declaraciones de Elena Garro*, 351

*El resto es silencio*, 360

*La Olimpiada*, 365

*La renuncia de Octavio Paz*, 366

*La defensa del poeta*, 375

*La poesía como protesta*, 378

*Un drama de familia*, 390

*Los días de la ignominia*, 395

*José Revueltas regresa a la cárcel*, 397

*El final del movimiento*, 401

*Los intelectuales al servicio del poder*, 406

*Fin de año*, 409

## EPÍLOGO

A TREINTA AÑOS DE 1968, 413

Notas, 431

Bibliografía, 445

A mis padres

Se trata de hombres de diversas estirpes, que profesan diversas religiones y que hablan en diversos idiomas.

Han tomado la extraña resolución de ser razonables.

Han resuelto olvidar sus diferencias y acentuar sus afinidades.

Jorge Luis Borges, "Los conjurados"

Pero nadie podía suponer, nadie podía imaginar, nadie podía creer, nadie podía temer lo que iba a ocurrir. Estaban había firmado también algunos manifiestos de "Artistas e Intelectuales". Un nombre más entre cientos de nombres. Y en tanto los días pasaban.

Juan García Ponce, *Crónica de la intervención*

De la misma manera que las epidemias medievales no respetaban ni las fronteras religiosas ni las jerarquías sociales, la rebelión juvenil anuló las clasificaciones ideológicas. A esta espontánea universalidad de la protesta correspondió una reacción no menos espontánea y universal: invariablemente los gobiernos atribuyeron los desórdenes a una conspiración del exterior.

Octavio Paz, *Posdata*



## Prólogo a la segunda edición

### DE TLATELOLCO A AYOTZINAPA

Se cumplen cincuenta años del movimiento estudiantil de 1968 y México se desangra. Imposible rebatirlo: cerca de doscientos mil homicidios y un número incalculable de desaparecidos y desplazados desde que, a fines de 2006, el presidente Felipe Calderón lanzara la llamada guerra contra el narco: cifras que, como un desasosegante reloj de la muerte, no hacen sino incrementarse día tras día. Éste no es el país que imaginaron –y por el que se batieron– los jóvenes que cinco décadas atrás se levantaron contra la represión y el autoritarismo del gobierno, que desobedecieron los dictados de sus padres y soñaron con un mundo mejor. Tampoco el país que ansiaron construir al lado de los maestros, artistas, intelectuales y ciudadanos de a pie que los acompañaron en su aventura democratizadora y crítica. Es, por el contrario, su reverso: si algunas de las escenas más dramáticas que rememoramos de aquel *annus terribilis* corresponden a las semanas durante las cuales el ejército ocupó Ciudad Universitaria y el Instituto Politécnico Nacional, hoy los vehículos militares con sus sofisticados armamentos y sus tripulantes asidos a sus rifles de asalto se han convertido en escenas habituales en un sinnúmero de comarcas de la República. Y, si recordamos el instante en que las fuerzas de seguridad dispararon contra estudiantes desarmados en la Plaza de las Tres Culturas como uno de los episodios más infames de nuestra historia, apenas en 2014, en Iguala, otros estudiantes inermes volvieron a ser desaparecidos, y muy probablemente asesinados, por una alianza entre grupos criminales y nuestras fuerzas de seguridad.

Me atrevería a decir que nadie, en 1968, hubiera imaginado esta deriva; tampoco, creo, en 1978, 1988 o incluso en los albores de 2008. El relato que escribimos a partir de aquel 2 de octubre era, sin duda, muy distinto: Tlatelolco como una aciaga excepción en nuestra historia reciente, donde la ceguera y la cerrazón de un par de siniestros políticos –Díaz Ordaz y Echeverría–, en

contubernio con los políticos y militares que los secundaron, provocó un paréntesis dictatorial en lo que había sido un régimen meramente autoritario, pero de una moderación ejemplar si se comparaba con el resto de América Latina. Conjurado el peligro, todo debía volver a la normalidad de modo que, poco a poco –muy poco a poco, valdría la pena resaltar–, los ciudadanos fueron conquistando nuevos derechos, una sucesión de reformas políticas y cambios legales que condujeron primero a la alternancia y luego a una democracia plena, integrando a México, en los albores del tercer milenio de nuestra era, en el concierto de Occidente. Nuestra histórica marcha ciudadana proclamaba la matanza de la Plaza de las Tres Culturas como mito fundador de un pausado pero sostenido ascenso hacia un futuro de libertades cívicas. Sólo que, cuando llegó, ese futuro terminó convertido en el México de 2018 con su saldo de víctimas propio de una guerra civil. Nunca, desde 1968, y ni siquiera durante la guerra sucia de los setenta, se produjeron tantas violaciones a los derechos humanos, tantos abusos por parte de las fuerzas de seguridad y tantos asesinatos de periodistas como hoy.

¿Cómo pudimos llegar a esto? ¿No se suponía que la democracia, con su apasionada defensa de los derechos humanos por los que luchó denodadamente el movimiento estudiantil, iba a garantizarnos un país próspero, equitativo, libre, seguro? ¿No se suponía que, habiéndonos deshecho del régimen responsable de la masacre del 2 de octubre, nuestros relucientes líderes democráticos serían por fuerza menos autoritarios y menos torpes, en cualquier caso incapaces de dirigir al país rumbo a un estadio aún más lamentable que el dejado por aquél? ¿Cómo fue que el sueño democratizador del 68 se tornó, cincuenta años después, en esta sangrienta pesadilla?

Si resulta imposible entender el México de hoy sin Tlatelolco, tal vez valga la pena revisar el juicio para detectar en nuestra época no sólo las huellas de la gesta democratizadora iniciada entonces, sino también del nuevo autoritarismo y del control militar que hoy sufre el país. Me explico: si por una parte no puede negarse que la ciudadanía arduamente construida en estas cinco décadas encuentra su origen simbólico en el 68, también habría que escuchar los ecos del 68 –de la represión del 68– en el militarismo, la corrupción y la intolerancia que definen nuestro tiempo. Acaso la decisión de Gustavo Díaz Ordaz de emplear al

ejército para hacer frente a la que según él era la mayor amenaza para el régimen de la Revolución (los estudiantes inconformes) encuentre así cierto paralelismo en la decisión de Felipe Calderón, continuada por Enrique Peña Nieto, de enfrentar la que a su juicio es la mayor amenaza para la democracia mexicana (el narcotráfico), valiéndose de instrumentos y estrategias parecidas. No pretendo equiparar a los tres presidentes –mientras Díaz Ordaz reprimió a ciudadanos pacíficos, Calderón y Peña se han empeñado en perseguir criminales–, sino los medios para conseguir sus objetivos: arrinconar el carácter civil de nuestro sistema para instaurar un estado de excepción –de unos cuantos meses, en el caso de Díaz Ordaz; de más de una década, en el de Calderón-Peña Nieto– que concede un lugar preponderante en nuestra vida pública a las fuerzas armadas. En ambos casos, la solución se ha revelado peor que el problema: la represión policiaca y militar en el 68 y la explosión de la violencia durante los aciagos años de la guerra contra el narco.

El México de 1968 no es, por supuesto, el de 2018: estos cincuenta años se han significado por incontables avances en materia de libertades y derechos humanos, pero el balance que podemos hacer del presente es más bien negativo. Si al rememorar los cuarenta años de Tlatelolco, en 2008, los estragos de la guerra contra el narco aún no se hacían tan evidentes –los imaginábamos apenas como otro paréntesis de inestabilidad–, fue porque seguíamos bajo la fiebre democrática del 2000, cuando parecía que todos los anhelos de justicia y cambio podrían verificarse. La libertad de expresión asentada a partir de la alternancia, así como las reformas en la Ciudad de México que de pronto abrían nuevos derechos a comunidades tradicionalmente invisibles, parecían corroborar que los anhelos del 68 encontraban al fin una realidad concreta. Pero, mientras esto ocurría, el estado de excepción comenzaba a imponerse en buena parte de nuestro territorio: lugares donde cualquier idea de vida democrática empezó a venirse abajo ante la colusión entre criminales, políticos corruptos y, otra vez, nuestras fuerzas de seguridad, empujadas de pronto a un combate que no les correspondía.

Desde entonces, las cosas no han hecho sino empeorar. Si el inicio del sexenio de Peña Nieto ofreció cierto alivio al alejarse de la retórica guerrera de su predecesor, pronto se hizo evidente que su estrategia consistió sólo en apartar el conflicto de los re-

flectores mediáticos sin poner en marcha una verdadera alternativa a la guerra. Así, cuando el 26 de septiembre de 2014 se hizo público que un grupo de alumnos de la Normal de Ayotzinapa —que, no debemos olvidarlo, se aprestaban a participar en la marcha conmemorativa del 2 de octubre de aquel año— habían sido secuestrados por una alianza entre criminales, narcotraficantes y fuerzas de seguridad de los tres niveles de gobierno, los ciudadanos por fin repararon en las consecuencias del conflicto: de pronto, las anónimas cifras de la guerra encontraron una identidad, la de esos 43 jóvenes, cada uno con una historia y un rostro identificables. La indignación se tornó incontenible: casi medio siglo después de Tlatelolco, el Estado participaba otra vez en la eliminación física de quienes no hacían otra cosa que llevar a cabo una protesta incómoda pero a fin de cuentas pacífica. Al día de hoy, seguimos sin saber los motivos que llevaron a semejante estallido de barbarie; pero, sin importar cuáles sean, constatan la fragilidad extrema de nuestro Estado de derecho. No es tanto que Ayotzinapa cancele las esperanzas de Tlatelolco como que Ayotzinapa es una reedición del autoritarismo de Tlatelolco que exige una nueva manera de encarar la violencia, así como una reforma integral de nuestras fuerzas de seguridad y de nuestro sistema de justicia, a fin de impedir que algo semejante vuelva a ocurrir en el futuro.

En vez de aprender de la tragedia, el gobierno de Peña Nieto, apoyado por los seguidores de Calderón, optó por lo contrario: aprobar una *Ley de Seguridad Interior* que convierte el estado de excepción en una realidad permanente, otorgándole poderes excesivos al presidente de la República y legalizando la presencia militar en nuestra vida civil. El PRI de Díaz Ordaz se hubiese fascinado con la maniobra: un instrumento jurídico diseñado para blindar la actuación de las fuerzas armadas en tiempos de paz. Al recordar las luchas de 1968 en este 2018, estamos obligados a insistir en esta paradoja: pertenecemos a una sociedad democrática, heredera de las luchas civiles de estos cincuenta años, que voluntariamente ha decidido someterse al poder militar. El triunfo de Andrés Manuel López Obrador en las elecciones de este año abre una puerta de esperanza para acabar con el estado de excepción y la narrativa que ha impulsado la guerra.

No es éste, por supuesto, el único debate irresuelto de los muchos que incendiaron el ambiente intelectual cinco décadas